

ABSTRACT

This article takes a detailed look at some of the most important semiotic categories to describe political discourse. Modalities as "can", "know", "would" and "ought to" are integrated in a strategic perspective. This kind of discourse can be analyzed in a textual perspective, which must include –in Austin's theory– the speech acts, the performative linguistics acts, and the illocutionary force. Performance and competencies of the political actors are shown. Political statements are the result of a series of semiotic interactions, in order to manipulate, seduce and convince the audience. The construction of legitimacy and authority is the result of a complex discourse strategy.

Paolo Fabbri es profesor de Semiótica del Arte en el Instituto de Disciplinas de Arte, Música y Espectáculo (DAMS) de la Universidad de Bolonia, del cual es su director. Trabajó durante muchos años en París con A. J. Greimas en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Ha sido profesor en las universidades de Florencia, Urbino, Palermo y en numerosas universidades norteamericanas y latinoamericanas. Dirigió el Instituto Cultural Italiano en París. Entre sus publicaciones: *Tácticas de los signos* (Barcelona: Gedisa, 1996), y *El giro semiótico* (Barcelona: Gedisa, 2000). E-mail: p.fabbri@infotel.it

Aurelia Marcarino es semiolingüista y profesora en la Universidad de Urbino. E-mail: semiotica@bib.uniurb.it

NACIÓN Y ESPACIO COMUNICATIVO

PHILIP SCHLESINGER

1. INTRODUCCIÓN

Este ensayo explora una línea de argumentación en la teoría social y política. En el esquema que sigue, esbozo una línea de filiación subyacente que, durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, se extiende desde la teoría de la comunicación social de Karl Deutsch a la esfera pública de Habermas y concluye en la reflexión de Manuel Castells sobre las sociedades informatizadas.¹ A pesar de la diversidad de lenguajes conceptuales utilizados en tan influyente cuerpo de trabajos, hay presuposiciones subyacentes periódicas sobre la forma en que puede teorizarse la relación entre nación y comunicación.

La perspectiva de las "comunicaciones sociales" posee sin duda un valor heurístico considerable. Parece ser un punto de partida casi fijo para un grupo de académicos que se preocupan por los modos en que se constituyen los espacios comunicativos nacionales. Podría agregarse, en efecto, que las ideas provenientes de esta perspectiva parecen inspirar gran parte del pensamiento diario y las presuposiciones de las políticas gubernamentales sobre la nacionalidad (*nationality*) y el sentimiento de pertenencia a una nación (*nationhood*).*

* El autor distingue dos términos: *nationality*, la nacionalidad como definición po-

En esta perspectiva el acento recae en la relación, altamente funcional, entre la nación y los modos de comunicación social. Consciente o inconscientemente, el pensamiento en comunicación social es una expresión de la geografía cultural de la nación-estado en un mundo de estados soberanos. Su funcionalismo produce la imagen de una comunidad comunicativa fuertemente cohesionada. Este concepto requiere ser revisado dada la creciente atención prestada a la “globalización” de la comunicación, especialmente los flujos de información que evaden fronteras, resultantes de la rápida transformación de los medios electrónicos y de las tecnologías de la información y de la comunicación.

Sin embargo, la nueva ola de inquietud por la interconexión global ¿no debería hacernos percibir en este momento al mundo como definitivamente “posnacional”? Los lazos todavía fuertes entre la comunicación social y los espacios políticos nacionales siguen siendo fundamentales para las nociones de identidad colectiva. Si el pensamiento sobre las comunicaciones sociales ha de adaptarse productivamente a circunstancias cambiantes, necesita ahora ofrecer un abordaje explicativo de las evidentes contradicciones entre los varios niveles de cultura e identidad que tienden a separar Estado y nación. Este punto se puede ilustrar con la teorización reciente acerca de la Unión Europea (UE).

2. LA NACIÓN Y LA COMUNICACIÓN SOCIAL

Karl W. Deutsch (1953) articuló una de las teorizaciones más explícitas y amplias sobre el papel de la comunicación en el nacionalismo. Su trabajo teórico en *Nationalism and Social Communication* –paradójicamente poco leído en estos días aunque mágicamente invocado a modo de rutina– está marcado por el final del colonialismo europeo, el reconocimiento de las migraciones forzadas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial y los dramáticos conflictos nacionales en el subcontinente indio y el Cercano Oriente. La preocupación por el nazismo como ejemplo de un nacionalismo

lítica y *nationhood*, neologismo de difícil traducción al español. Haciendo un paralelismo con otros sustantivos terminados en *-hood* (como *motherhood*, maternidad o *brotherhood*, hermandad), he optado por traducirlo como “sentimiento de pertenencia a una nación”, dejando el original inglés entre paréntesis para señalar la diferencia con el primer vocablo. Aun cuando no se explicita, he seguido la misma política con otros neologismos siempre que la estructura morfológica del español lo permitiera. [T.]

equivocado está siempre presente en el texto. La deportación y el aniquilamiento de la mayor parte los judíos europeos se contraponen a la apreciación de los Estados Unidos como un país relativamente exitoso en la asimilación de inmigrantes. Deutsch provee una entrada desde el punto de vista del exiliado sobre el tópico y busca iluminar “algunas de las condiciones y prospectos de la integración nacional o supranacional” (Deutsch 1966: 189).

Dada su profunda sensibilidad post-Habsburgos, admite como una cuestión de hecho que los “pueblos” pueden convertirse en “naciones” a medida que el espacio político es redibujado. Este sentido de una geopolítica en proceso de cambio, de la extensa no coincidencia entre estados y naciones, es extremadamente relevante para la Europa de hoy. En su introducción a la segunda edición de *Nationalism and Social Communication*, Deutsch (1966: 4) resaltaba un tema cardinal que continúa siendo pertinente para el debate actual: observaba que la nación-estado era “aún el principal instrumento político para lograr que las cosas se hagan” y subrayaba su perspectiva de que la integración supranacional tiene límites inherentes dada la elasticidad de la nacionalidad.

La proposición principal de la teoría de Deutsch es que: “El aspecto esencial de la unidad de un pueblo [...] es la complementariedad o la eficacia relativa de la comunicación entre individuos, algo de alguna manera similar al *entendimiento mutuo, pero en una escala más amplia*” (1966: 188; el subrayado es mío). Deutsch ve en un “pueblo” las bases para la formación de la nacionalidad (*nationality*). Esta, a su vez, es distinta del sentimiento de pertenencia a una nación-estado (*nation-statehood*), en el que la soberanía política está atada a la búsqueda de cohesión de un grupo y a la continuidad de su identidad.

Para Deutsch (1966: 75) el ejercicio eventual del poder nacional depende de “la estructura relativamente coherente y estable de recuerdos, hábitos y valores”, los que a su vez “dependen de las facilidades existentes para la comunicación social, tanto del pasado al presente como entre contemporáneos”.

La “comunicación social” es así entendida en un sentido muy amplio: se acerca a una noción antropológica abarcativa de cultura como modo de vida, un modo de ser sostenido interactivamente que integra un pueblo dado y lo provee de singularidad (Deutsch 1966: 96-97). Esa idea está representada como principio de coherencia de una comunidad y tiene como base las “facilidades para acumular, recordar y recombinar información, canales para su disseminación e interacción, y facilidades para derivar nueva información” (Deutsch 1966: 75). Ampliamente influida por los pioneros de la teoría de la información, y después de haber sido considerada bastante fuera de moda por

algunos años, la terminología de Deutsch tiene, a medio siglo de su formulación, una sorprendente contemporaneidad en la era de la así llamada Sociedad de la Información.

La teoría de la comunicación social abarca los modos en que los grupos socioculturales se aglutinan y cómo las formas de cohesión afectan a las instituciones y a la interacción sociocultural. La integración comunicativa es particularmente significativa dado que produce la clausura social. En consecuencia Deutsch acentúa la conocida distinción sociológica entre “comunidad” y “sociedad”, agudamente consciente de que una sociedad puede contener comunidades etnoculturales bastante diferentes que se hablan a sí mismas y que por lo tanto no pueden encontrar un código englobante común, o un modo de comunicación social.

La idea central es que las naciones y los estados-naciones están fuertemente unidos por sus estructuras sociales de interacción comunicativas. “Los pueblos se mantienen unidos *desde adentro* por la eficacia comunicativa, la complementariedad de las facilidades comunicativas adquiridas por sus miembros” (1966: 98). La nacionalidad se vuelve por lo tanto una función objetiva de la competencia y la pertenencia comunicativa. Aun cuando Deutsch reconoce el lugar analítico de ideas tales como “conciencia nacional” o “voluntad nacional”, el nivel simbólico de la conciencia de sí (*self-awareness*) —lo que hoy en día se denominaría “identidad nacional”— es visto como resultado de la cohesión estructural que se obtiene a través de la comunicación social.

Una implicación fundamental es que las prácticas comunicativas de las naciones llevan a la exclusión de los extranjeros. La “complementariedad étnica” (que para Deutsch, en sentido amplio, se equipara con nacionalidad) establece “barreras comunicativas” y engendra “*fallas marcadas (marked gaps)* en la eficacia de la comunicación” relativa a otros grupos (1966: 100). Si bien algunas naciones —aquellas basadas en la inmigración y la tendencia a la asimilación— se adaptan a la integración de nuevos miembros, otras pueden arrojar el proceso en sentido inverso hacia la expulsión o incluso el exterminio.

Otra consecuencia es que la creación de colectividades más amplias, a través de arreglos políticos supranacionales tales como federaciones o confederaciones, es inherentemente difícil de alcanzar, en especial porque la complementariedad comunicativa es débil o no existe. En una anticipación negativa de la tecnoutopía de la aldea global, Deutsch argumenta que la construcción de un sistema universal de comunicaciones resulta imposible en un mundo no uniforme (1966: 176).

Esta concepción funcionalista de la integración cultural posee una debilidad decisiva cuando el nivel de análisis es proyectado *fuera* del estado-nación. No hay principio general para analizar la interacción entre comunidades co-

municativas, para evaluar las corrientes culturales y comunicativas en un sistema global —cuestiones de un interés central hoy en día para los estudios culturales y de medios— en la medida en que el interés teórico no radica allí. La teoría de la comunicación social es por lo tanto *internalista*. En el fondo trata sobre el modo como las prácticas culturales y comunicativas compartidas fortalecen la identidad de un grupo a través de la creación de fronteras.

3. CULTURAS “ALTAS”, COMUNIDADES IMAGINADAS, NACIONALISMOS TRIVIALES

La concepción de la comunicación social subyacente en el trabajo de Deutsch —aunque no su lenguaje teórico— sigue fuertemente viva, la mayor parte de las veces apenas reconocida, en varios trabajos contemporáneos, tales como *Nations and Nationalism* (1983) de Ernest Gellner, que se ha convertido en la estrella guía de la concepción “modernista” del nacionalismo.²

Gellner argumenta que la formación de los estados-naciones es el resultado inevitable de la industrialización, con su concomitante compleja división del trabajo. Las relaciones sociales creadas por la sociedad industrial implican que para funcionar de manera eficaz uno debe ser capaz de realizar cualquier cosa, en principio, y esto requiere de un “entrenamiento general”. Esta transmisión de *know-how* necesita un sistema educativo universal, estandarizado, que utilice un medio lingüístico también estandarizado. Este proceso trae aparejado un “ajuste profundo de la relación entre política y cultura”, específicamente del nacionalismo, que es “la organización de los grupos humanos en grupos amplios, educados centralmente y culturalmente homogéneos” (Gellner 1983: 35). La teoría de Gellner, entonces, conecta el motor explicativo de la industrialización con una concepción esencialmente deutchiana de la comunicación social.

Gellner considera a la cultura como “el estilo de conducta y comunicación distintivo de una comunidad dada”, que en el mundo moderno toma la forma modal del estado-nación. Para los miembros de tales formaciones políticas “la cultura es ahora el medio necesariamente compartido” (1983: 37-38). Las barreras culturales son definidas por las culturas nacionales; estas difunden una “cultura alta” letrada, en la que el agente clave es el sistema educativo nacional. En este recuento, la cultura de una nación se identifica en un sentido amplio con la cultura oficial. La teoría se centra menos en las fuentes de diferenciación interna y conflicto que en aquello que otorga cohesión a una nación. En consecuencia, al igual que la teoría de Deutsch, la de Gellner constituye ante todo un análisis sobre los modos en que se crea una cultura

nacional, más que un estudio sobre cómo esta se mantiene y renueva. Acentúa la autocontención (*self-containedness*) de las culturas protegidas por las naciones-estados.

Mientras que las teorías culturales y de medios contemporáneas se preocupan especialmente por las corrientes culturales y las relaciones de *dominancia* dentro del orden global de las comunicaciones (Sreberny-Mohammadi et al. (eds.) 1997; Thussu (ed.) 1998), este no es un interés especial de Gellner, como tampoco lo era de Deutsch. De una manera aún hoy característica de la mayor parte de la teorización sociológica, la comunicación mediática es tratada con una relativa trivialidad.³ Gellner (1983: 127) sostiene que no es el contenido de tal comunicación lo que importa sino más bien

los medios mismos, la capacidad de penetración y la importancia de las comunicaciones abstractas, centralizadas, estandarizadas, de uno a muchos, lo que automáticamente genera la idea central del nacionalismo, más allá de lo que se esté poniendo en particular en los mensajes específicos que se transmiten.

Haciéndose eco de Marshall McLuhan, Gellner argumenta por lo tanto que los medios son el mensaje. Pero la fórmula es modificada para tener en cuenta “lenguaje y estilo”, cómo ciertos códigos comunes invitan a la audiencia a considerarse y entenderse a sí misma como miembros de una comunidad dada. Los medios funcionan así a modo de sistema categorial: la amplia identificación pública con el espacio nacional es considerada un efecto de esta forma de organización cultural. Los medios son delimitadores de fronteras, íntimamente relacionados con la “bóveda política” que culmina el proceso de formación de una cultura y la convierte en un estado-nación.

“Lenguaje y estilo” son más que el medio que los transmite: están estrechamente relacionados con la cuestión del “contenido”. Esto posee una importancia cardinal para las industrias culturales que lo producen. Más aún, la actitud del Estado hacia su propio contenido “nacional” es frecuentemente una cuestión de gran importancia en el intercambio cultural internacional y a menudo está enclavado en las políticas de comunicación nacionales. De allí que la versión de Gellner de la teoría de la comunicación social reproduzca la fijación originalmente *deutschiana* sobre aquello que es interior a la comunidad comunicativa más que considerar el valor de aquello que está afuera y cómo puede ser encarado. Ignora la “otredad” que podría condicionar bastante sustancialmente cualquier nacionalidad dada.

Esta línea de argumentación internalista se desarrolla a través de otro texto fundamental en los últimos años, *Imagined Communities* de Benedict

Anderson (1983), una aproximación que, encarando la postura de Gellner, se distancia de ella (Schlesinger 1991: 163). Desde la aparición del trabajo de Anderson su título ha pasado de ser una descripción del sentimiento de pertenencia a una nación (*nationhood*) a un clisé sociológico y periodístico. En su consideración acerca del surgimiento de las naciones europeas, Anderson, al igual que Deutsch e incluso más que Gellner, otorga a la comunicación mediática una importancia central en la formación de la conciencia nacional o, como decimos ahora, la identidad nacional:

Lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables las nuevas comunidades fue una interacción, a medias fortuita pero explosiva, entre un sistema de producción y relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana. (Anderson 1983: 46)

Mientras que para Gellner los sistemas nacionales de educación que producen afinidades culturales (una comunidad de “escribientes”) ocupan una posición central, el argumento clave de Anderson es que “el lenguaje impreso es el que inventa el nacionalismo, no un lenguaje particular en sí mismo” (1983: 122). Así, lo que se subraya es la importancia de los medios de comunicación en la construcción de una comunidad imaginada, dadas las condiciones materiales apropiadas.

Según Anderson, “el lenguaje impreso” fue el medio a través del cual ciertos idiomas vernáculos fueron estandarizados, al diseminarse a través del mercado de libros y periódicos. Su explicación es absolutamente *guttenbergiana*: no se encara el impacto de los medios electrónicos. Los lenguajes impresos, mecánicamente reproducidos, unificaron los campos de intercambio lingüístico, fijaron lenguajes “nacionales” y crearon nuevas expresiones de poder. La “novela nacionalista” (cuyo argumento se desarrolla en un espacio común socialmente reconocible) y el periódico, con una “conciencia de calendario” como su principio de organización, fueron, argumenta Anderson, los dos vehículos clave para formar la conciencia nacional. Al coordinar tiempo y espacio, ambos pudieron dirigirse a una comunidad nacional imaginada incluso antes de que esta se formara como estado-nación.

De allí que el consumo colectivo de la comunicación mediática sirva para crear el sentido de comunidad nacional. Como Gellner, de quien habría de diferenciarse, Anderson entiende que los confines de la nación están inevitablemente implícitos en la forma en que los medios categorizan la realidad y se dirigen a sus audiencias.

Posteriormente, Anderson (1991:184) considera cómo la historia nacional ha sido relatada en los estados poscoloniales a través de las instituciones culturales del censo (enumerador y clasificador de poblaciones), el mapa (definidor de barreras políticas) y el museo (vehículo para el establecimiento del linaje legítimo). Aunque Anderson no hace ninguna referencia al trabajo de Deutsch, su enfoque sigue claramente ubicado en el marco de las comunicaciones sociales: la comunidad imaginada está situada dentro del espacio sociocultural y comunicativo de la nación-estado y son los procesos internos de formación de la nación los que capturan predominantemente el interés.

El argumento de Anderson sobre la “comunidad imaginada” ha sido recuperado, con un giro distintivo, por Michael Billig (1995: 70). Esta línea de interpretación encaja en su argumento general sobre la trivialidad del nacionalismo: a saber, la demostrable proposición de que gran parte de la práctica nacionalista se halla enclavada en rituales y prácticas cotidianas. Billig toma como caso paradigmático el saludo diario a la bandera en las escuelas de los Estados Unidos de América. Esta actividad se ha vuelto tan “natural” que incluso la mayor parte de los científicos sociales han obviado interrogarse acerca de su significación. Y aun cuando aquellos que saludan a la bandera puedan tener variadas relaciones hacia el acto de saludar en sí mismo, participan de todos modos de un ritual común.

Billig afirma que, en el mundo contemporáneo, pueblos enteros están simplemente encastrados en sus deixis nacionales. Sus banderas flamean de día, ampliamente ignoradas como adornos de los edificios públicos; las noticias categorizan ciertos eventos como “asuntos domésticos” (*home affairs*) y los distinguen de los informes extranjeros; el pronóstico del tiempo refuerza la conciencia de la geografía política; los héroes deportivos encarnan las virtudes nacionales y movilizan lealtades colectivas; los momentos de crisis —especialmente la guerra— producen discursos patrióticos por parte de los dirigentes políticos; las lenguas y las historias nacionales, a través de su transmisión, construyen un sentido de *comunalidad* (*comunality*). De este modo, se reproducen rutinariamente y sin que se note los puntales de la identidad nacional. En línea con Gellner y Anderson, el análisis de Billig llena el espacio de la “complementariedad comunicativa” y subraya su tenaz explicación sobre los modos en que categorizamos el mundo. Pero, notablemente, a diferencia de sus precursores, Billig está menos interesado en la cuestión de la formación de la nación que en el de su continuidad.

Billig acuerda ampliamente con la intuición de Gellner de que es imposible pensarse a uno mismo como *otra* cosa que no sea como ciudadano y así tener un lugar en el mundo contemporáneo. Y esto porque vivimos en un mundo de estados —a menudo representados oficial, aunque imprecisamente,

como estados-*naciones*— cuyas fronteras imponen el requisito de pertenecer a alguna colectividad jurídicamente reconocida.

En consecuencia, su postura se opone energicamente a ciertas pretensiones posmodernas de que nuestras identidades colectivas se han convertido en significantes flotantes, o, alternativamente, de que hemos entrado en un estadio de tribalismo posnacional. Insiste en que sea cual fuere el impacto transformador de la “globalización”, este no ha neutralizado los lazos nacionales. Pero este correcto reconocimiento del impacto formador de lo extranacional se halla aún ampliamente subordinado a brindar una explicación sobre los modos en que, como diría Deutsch, las naciones se mantienen unidas “desde adentro”.

Todas las teorías anteriores comparten la noción de la comunidad comunicativa prototípicamente moderna —léase nacional— como fuertemente cohesionada. El trabajo de Deutsch enfatiza las “fallas” comunicativas entre pueblos como el lado oscuro de la relativamente confortable eficacia y complementariedad interna. Gellner y Anderson también acentúan el papel de una cultura común, basada en un lenguaje estandarizado y en ciertas instituciones culturales, en la formación de un pueblo. En cambio Billig subraya el “abanderamiento” cotidiano de una identidad común.

4. LA NACIÓN COMO ESPACIO DELIBERATIVO

Las teorías de la comunicación social participan de un interés amplio en cómo las naciones se hablan a sí mismas y se señalan como diferentes de “otras”. Este tema es también central en el trabajo de Jürgen Habermas, el que —como es ampliamente reconocido— se basa en una teoría de la comunicación, pero cuya preocupación por la *nación* como comunidad política no es tan bien comprendida. La teoría de Habermas expuesta en *The Structural Transformation of the Public Sphere* (1989) ha ejercido una profunda influencia en el debate reciente acerca del papel y la calidad de la comunicación política y la mediación de la deliberación cívica. La “esfera pública” —otro *tropo* sociológico de nuestro tiempo— localiza todo el dominio de debate en un espacio institucional que existe fuera del Estado pero que compromete a todos aquellos a quienes les conciernen cuestiones de interés público. La presencia de este dominio es central para la libertad de expresión, comúnmente asociada a la democracia; es necesariamente un espacio en el que tiene lugar la comunicación.

Aun cuando la noción habermasiana de “esfera pública” haya sido objeto de críticas (Calloun (ed.) 1992), no deja de ser punto de partida para gran

parte de las discusiones recientes sobre el papel de los medios en las democracias (Curran 1991; Dahlgren 1995). Lo que ha tendido ampliamente a ser tomado como natural más que a ser examinado críticamente es la necesaria coextensión del espacio público político con las fronteras del estado-nación. Quizás esto no resulte sorprendente dado que la formación de la esfera pública clásica coincidió con el crecimiento del nacionalismo y la formación del estado-nación. La teoría de Habermas en su formulación temprana acentúa que la comunicación pública permanece predominantemente ligada a las estructuras de sentido de los estados-naciones, aunque estos hayan estado largamente sujetos a las corrientes internacionales de información y productos culturales.

5. SOBRE LA FRONTERA NACIONAL

He argumentado que las teorías de la comunicación social tienen dos limitaciones clave: a) una tendencia a pensar en términos de un encaje cerrado funcional entre comunicación y nación, y b) una preocupación abrumadora por el interior del espacio comunicativo nacional, ya sea en relación con su formación o con su continuidad. Consideradas en conjunto, entonces, estas posiciones poseen una consecuencia mayor: c) el contenedor políticamente más importante para el espacio comunicativo es el estado-nación soberano.

La deliberación crítica sobre el interior de los espacios nacionales no resulta adecuada para los cambios globales que enfrentamos hoy en día. La toma de decisiones sobre cuestiones básicas que afectan a las naciones-estados se sitúa a menudo extraterritorialmente: en los directorios de las corporaciones transnacionales, dentro de organizaciones internacionales de características varias, dentro de los gabinetes regionales de grupos militares, políticos y económicos, en los diversos centros de finanzas globales. Si los públicos nacionales han de involucrarse en la deliberación sobre lo que les concierne, los espacios comunicativos nacionales requieren ser complementados con aquellos que permiten la formación de un público con un alcance transnacional, incluso global.

La Unión Europea ofrece una prueba de laboratorio particularmente apta para aquellos interesados en las relaciones comunicativas entre la pertenencia a estados-naciones (*nation-statehood*) y el supranacionalismo. En la UE, por ejemplo, el estado-nación está siendo exprimido desde arriba y desde abajo. Desde arriba por el proceso de "europeización" que circunscribe y redefine ciertas concepciones de acción soberana para los estados miembros en los campos de economía, defensa, asuntos sociales, comunicación y, cada

vez más, política extranjera. Y simultáneamente, desde abajo, por el crecimiento de un regionalismo más autónomo dentro de los estados-naciones, el que es especialmente significativo cuando las regiones son también naciones sin Estado.

¿Hasta qué punto puede transportarse el marco clásico de las teorías de la comunicación del nacionalismo —centrado, como hemos visto, casi exclusivamente a nivel del estado-nación— a una entidad supranacional emergente en la que las regiones subestados están adquiriendo una creciente visibilidad política? Deutsch (1966: 3-4) dudaba de que un espacio comunicativo común pudiera aparecer fácilmente en la entonces Comunidad Europea, dada la fuerza de los estados-naciones. Treinta años más tarde, en marcado contraste, Habermas (1994: 21) sostenía que "la forma clásica del estado-nación está hoy en día desintegrándose". Para él, la Unión Europea ofrece ahora margen para una nueva concepción, más amplia, de la ciudadanía con un correlativo marco más ancho para la comunicación pública. Transportaba así la esfera pública nacional a un nivel supranacional, asumiendo una disminución en el control por parte del estado-nación y la nacionalidad sobre la lealtad colectiva y la identificación. Según esta descripción, la eventual comunidad política europea estaría unida no por medio de símbolos comunes sino más bien a través de un marco menos emocional de reglas. En términos de Habermas (1994: 27):

la cultura política debe servir como el denominador común para un patriotismo constitucional que simultáneamente agudice la conciencia de la multiplicidad e integridad de las diferentes formas de vida que existen en una sociedad multicultural.

¿Es suficiente semejante racionalidad política para hacer cohesionar a una colectividad extendida y variada? Por cierto ofrece un fuerte punto de contraste con la forma de vida nacional, llena de símbolos, conectada afectivamente y rutinizada, descrita por la primera ola de teorías de la comunicación social. En su pensamiento más reciente, Habermas concibe expresamente a la esfera pública como potencialmente des-unida, habiéndose desplazado de conceptos locales específicos (tales como la nación) a la co-presencia virtual de ciudadanos y consumidores ligados por los medios. Una esfera pública europea, en este modelo, tendría una configuración abierta, dado que sus conexiones comunicativas se extenderían más allá de cualquier forma política apropiada que la UE tomara; en efecto tales conexiones se extenderían más allá del continente europeo mismo. Por supuesto que esto tiene cierto sentido: las corrientes y redes de comunicación contemporáneas aseguran que nin-

guna —o difícilmente alguna— comunidad política es una isla. No obstante, en la medida en que esta perspectiva implica que nosotros también pertenecemos a una aldea global, inevitablemente plantea cuestiones sobre *qué* barreras comunicativas siguen siendo las *más* significativas para el desarrollo de una identidad política y una cultura política distintivas en la UE. En otras palabras, estamos obligados a preguntarnos si hay procesos comunicativos *específicos* que puedan contribuir a la cohesión social de la Unión.

Habermas prevé una cultura política europea liberal e igualitaria en la que los cuerpos a cargo de la toma de decisiones puedan ser inspeccionados. Dado que la democracia parlamentaria es tan indispensable a nivel europeo como lo es al de los estados-naciones, se necesita “una estructuración discursiva de las redes y arenas públicas en las que circuitos de comunicación anónimos estén desprendidos del nivel concreto de las interacciones individuales” (Habermas 1997: 171). En otras palabras, se necesita un espacio comunicativo *europeo*.

Esta, de alguna manera borrosa, sociología de la solidaridad requiere ser puesta en primer plano, pues de otra manera la consecuencia de quitar unidad al público nacional es insertarnos en “una altamente compleja red que se ramifica en una multitud de campos superpuestos, internacionales, nacionales, regionales, locales y subculturales” (Habermas 1997: 373-374). Esta apertura completa de la comunicación, la globalización de la esfera pública, se coloca en una posición algo incómoda junto al pensamiento de Habermas sobre la superación del estado-nación y la reconstitución de su *unidad* en un nivel federal europeo con una cultura política que haga juego. Mientras que, por definición, la red global de comunicación, así concebida, no tiene fronteras necesarias, es difícil ver cómo una comunidad unida discursivamente podría desarrollar una lealtad e identidad política colectiva si fuera completamente ilimitada. Una comunidad política europea sin alguna delimitación de fronteras comunicativas distintivas simplemente no puede ser imaginada como posibilidad sociológica.

Esto se relaciona con el problema general de una identidad colectiva europea emergente. Habermas ofrece un modelo federalista de compromiso político para los europeos en el que el contenido de sus identidades colectivas es diferente en cada nivel. A nivel del estado-nación es “grueso” y se articula con una cultura política nacional elaborada dentro de una esfera pública altamente institucionalizada. A nivel de la Unión Europea, es “fina” y legalista, y está abrumadoramente refractada a través de la política del estado-nación. Detrás de esta caracterización de los dos niveles de identificación colectiva permanece irresuelta la cuestión más amplia sobre aquello que cohesionaría a las colectividades, y si cualquier patriotismo constitucional concebible no presu-

pone en definitiva un trasfondo de presuposiciones y sentimientos *no racionalistas* a fin de que su llamada cívica funcione (Schlesinger 1997: 385-388).

Para Habermas, por lo tanto, el potencial impacto transformador de las tecnologías de la comunicación sobre las comunidades está subordinado a un planteo sobre la necesidad de una esfera pública y, en lo que concierne a la Unión Europea, a cómo puede constituirse un nuevo espacio comunicativo apropiado. Sus últimas formulaciones realizan un pequeño juego sobre el concepto de red. Este se encuentra mucho más desarrollado en el trabajo de Manuel Castells (1996, 1997, 1998), para quien el impacto radical de las tecnologías de la comunicación contribuyó a la formación de toda una nueva clase de sociedad, la “informacional”. Castells (1996: 3) sostiene que, a medida que “los patrones de comunicación social adquieren creciente importancia”, necesitamos ahora pensar las relaciones comunicativas sobre el modelo de la red: “Nuestras sociedades se estructuran cada vez más alrededor de una oposición bipolar entre la Red y el Ser”. Desde esta perspectiva, en la medida en que nuestro anclaje en la estructura social se ve debilitado, somos supe-

stamente los autores de nuestras identidades.⁴ Para Castells, al igual que el orden mundial mismo, la UE tiene diferentes “nudos” de importancia variada que conforman una red. Regiones y naciones, estados-naciones, instituciones de la Unión Europea, por lo tanto, constituyen juntos un marco en el que la autoridad es compartida. Afirma que “atravesado por redes globales de riqueza, poder e información, el estado-nación moderno ha perdido gran parte de su soberanía” (Castells 1997: 354). El resultado es una “disolución de las identidades compartidas”, lo cual produce ostensiblemente una división entre las elites globales, que se consideran ciudadanos del mundo, y la resistencia de aquellos que han perdido poder económico, político y cultural, los que “tienden a ser atraídos por identidades comunales” que o bien cruzan el estado-nación o bien operan de algún modo por debajo del nivel del estado-nación (Castells 1997: 356). La UE es una instancia de las primeras; Cataluña y Escocia constituyen ejemplos de las segundas. Para Castells (1998: 318), la integración europea representa “al mismo tiempo una reacción al proceso de globalización y su expresión más avanzada”. Es aclamada como la precursora de un nuevo tipo de sociedad.

Sin embargo desarrollar la teoría de la comunicación social invocando el modelo de una red no resuelve las complejas cuestiones sobre cómo las contradicciones de interés, identidad y lealtad, o las desigualdades estructurales de poder, se manejan dentro de una descripción más compleja del espacio comunicativo.

6. COMENTARIOS FINALES

Los planteos teóricos sobre la comunicación social y los desarrollos de políticas contemporáneas están íntimamente relacionados. Tómense, por ejemplo, los intentos de la UE por definir una identidad cultural “europea” y un espacio comunicativo común en los años ochenta y noventa, los que tuvieron lugar en el contexto de competencia industrial global, en particular con los Estados Unidos y Japón. El énfasis puesto en defender la “europeidad”, y la necesidad de tratar a las películas y a los programas de televisión como bienes culturales para ser protegidos, refleja la preocupación oficial sobre el grado en que la globalización de la comunicación amenaza la soberanía cultural de los estados-naciones y, por extensión, el de la intergubernamental Unión Europea misma.

En el mercado cultural global, la UE ha hecho esfuerzos para representarse a sí misma como una entidad cultural coherente. No obstante, esta es sólo su cara visible, dado que internamente la UE demuestra intensamente las tensiones entre supranacionalismo y nacionalismo. Allí donde la diversidad de lenguas y culturas son símbolos cruciales de la identidad colectiva, los objetivos europeos supranacionales se encuentran con resistencias nacionales. Para complicar aun más la cuestión, el supuesto reconocimiento por parte de la UE de las diferencias regionales dentro de los estados miembros —la llamada “Europa de las regiones”— ha reforzado las tendencias autonomistas, incluso secesionistas, en particular en los territorios de naciones sin estados (Schlesinger 1998). De allí que no sólo la cultura nacional transmitida por el Estado puede contradecir las demandas de la “europeización” sino que también los estados-naciones europeos pueden simultáneamente ser desafiados desde otro lugar por reclamos de reconocimiento cultural y comunicativo por parte de minorías nacionales, étnicas y lingüísticas.

Los desarrollos contemporáneos sugieren, por lo tanto, que es factible que la teoría de la comunicación social, con algunas adaptaciones, pueda informarnos sobre el modo en que pensamos los futuros desarrollos europeos, como ha sido el caso en el pasado. Habiendo ahora abandonado la pareja homóloga de nación y comunicación, sus exponentes están listos para analizar tanto las contradicciones y convergencias de al menos tres niveles políticos en los cuales se elabora el espacio comunicativo: el supranacional, la nación-estado y la subnación-estado. Este desplazamiento del foco teórico es lo mínimo que se requiere para mantenerse a ritmo con la creciente complejización del problema.

Traducción de Ximena Triquell

NOTAS

1. Este ensayo forma parte de un libro a publicar. En el presente texto, he revisitado y desarrollado sustancialmente algunas consideraciones anteriores (véase Schlesinger 1991).
2. Véase Gellner 1998. Mi agradecimiento a Nicholas Garnham por llamar mi atención hacia este estudio.
3. Véase, desde la perspectiva de la teoría social, John Thompson (1995) que ha tratado de integrar los hallazgos de la investigación en medios a un análisis de la esfera pública.
4. Mi propósito aquí no es discutir esta visión posmoderna, que no comparto, y a la que a duras penas adhiere consistentemente su propio autor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, B. (1983; 2ª edición 1991) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- BILLIG, M. (1995) *Banal Nationalism*. Londres: SAGE Publications.
- CALHOUN, C. (ed.) (1992) *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- CASTELLS, M. (1996) *The Rise of the Network Society*. Malden, MA: Blackwell Publishers.
- (1997) *The Power of Identity*. Malden, MA: Blackwell Publishers.
- (1998) *End of Millennium*. Malden, MA: Blackwell Publishers.
- CURRAN, J. (1991) “Rethinking the Media as a Public Sphere” en *Communication and Citizenship: Journalism and the Public Sphere* de P. Dahlgren y C. Sparks (eds.). Londres y Nueva York: Routledge.
- DALHGREN, P. (1995) *Television and the Public Sphere: Citizenship, Democracy and the Media*. Londres: SAGE Publications.
- DEUTSCH, K. W. (1953 [2ª ed. 1966]) *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationalism*. Cambridge, MA, y Londres: The MIT Press.
- GELLNER, E. (1983) *Nations and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1998) *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HABERMAS, J. (1989) *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge: Polity Press.
- (1994) “Citizenship and National Identity” en *The Condition of Citizenship* de B. van Steenbergen (ed.), 20-35. Londres: SAGE.

- (1997) *Between Facts and Norms*. Cambridge: Polity Press.
- SCHLESINGER, P. (1991) *Media, State and Nation: Political Violence and Collective Identities*. Londres, Newbury Park y Nueva Delhi: SAGE.
- (1997) "From Cultural Defence to Political Culture: Media, Politics and Collective Identity, in the European Union", *Media, Culture and Society* 19(3): 369-391.
- (1998) "Scottish Devolution and the Media" en *Politics and the Media: Harlots and Prerogatives at the Turn of the Millennium* de J. Seaton (ed.). Oxford: Blackwell Publishers.
- SREBERNY-MOHAMMADI, A., WINSECK, D. ET AL. (eds.) (1997) *Media in Global Context: A Reader*. Londres: Arnold.
- THOMPSON, J. B. (1995) *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*. Cambridge: Polity Press.
- THUSSU, D. K. (ed.) (1998) *Electronic Empires: Global Media and Local Resistance*. Londres: Arnold.

AGRADECIMIENTOS

Este estudio se basa en una investigación llevada a cabo como parte del proyecto "Comunicación política y democracia" del "Programa en economía de los medios y cultura mediática" del ESRC (Referencia No.: L126251022). El autor desea agradecer al Council su apoyo.

ABSTRACT

This essay explores a persistent line of argument in social and political theory. In the sketch that follows, I trace an underlying line of filiation that, in the post-World War II period, stretches from the social communication theory of Karl Deutsch to the anatomy of the Information Age in the work of Manuel Castells. Despite the diverse conceptual languages used in this influential body of work, there are recurrent, underlying assumptions about the possible nature of the relationship between nation and communication. I shall first state my argument briefly and then go on to demonstrate it in more detail. This study is based on research carried out as a part of the "Political Communication and Democracy" project in the ESRC's Media Economics and Media Culture Programme (L126251022). The author is grateful to the Council for its support.

Philip Schlesinger es profesor y director del Instituto de Investigación en Medios de Stirling (*Stirling Media Research Institute*), Escocia, y profesor de Medios y Comunicación en la Universidad de Oslo, Noruega. Ha escrito extensamente sobre cuestiones de comunicación, identidad cultural, nación y Estado.

E-mail: p.r.schlesinger@stir.ac.uk